

CRÍTICA DE TEATRO

'El Herrero y la Muerte'

"El Herrero y la Muerte", de los autores uruguayos Mercedes Rein y Jorge Curi, es un acierto del Teatro Nacional Chileno (Teatro de la Universidad de Chile). Es una obra muy sencilla, casi elemental, pero con un lenguaje popular y una original puesta en escena que la valorizan. Se basa en relatos tradicionales enriquecidos con observaciones que nos resultan familiares. Su tono popular no excluye una elaboración cuidada de sus elementos.

Mercedes Rein y Jorge Curi califican su obra como "leyenda criolla". En ella unen dos líneas temáticas: la de los dones concedidos por Nuestro Señor a un hombre muy pobre por su generosidad y desprendimiento al atender a dos viajeros, que son El mismo y San Pedro, y la leyenda del hombre que logra engañar a la Muerte cuando lo viene a buscar. Las dos líneas quedan muy bien fundidas cuando el Herrero engaña a la Muerte con una forma muy ladina de usar las gracias concedidas. Al reelaborarse en esta obra, el énfasis temático se desplaza hacia las consecuencias que se producen en el mundo ante una prolongada ausencia de muertes. En el contexto hispanoamericano, este tema adquiere un carácter de crítica social, ya que los principales afectados son las autoridades que sin el temor a la muerte no pueden gobernar.

Los autores uruguayos enriquecen su relato con una serie de elementos que lo acercan al espíritu de nuestro pueblo: el Herrero no es muy trabajador, prefiere descansar bajo una higuera o echar una siestecita de vez en cuando; lo poco que gana lo reparte entre sus compadres, que siempre tienen alguna necesidad. Le gusta jugar al naípe o a los dados y cuando gana lo primero que piensa es en invitar a sus compadres a un asado con una garrafitita de vino. Sabe muy bien lo que quiere, pero no lo dice con claridad, es más bien socarrón y ladino y le gusta desconcertar con su aparente ignorancia, por ejemplo, cuando pide sus tres deseos. El clima general es de pobreza y de amigos "pedigüeños", pero no mendicantes. Asimismo, la forma en que se representa Nuestro Señor y San Pedro corresponde a una muy popular humanización de los personajes divinos o de los santos. San Pedro es regañón y usa expresiones no muy convenientes para un Santo. Jesucristo se aconseja con San Pedro antes de tomar alguna resolución. En esta simpática humanización se alcanza un punto culminante de buen humor cuando San Pedro y el Caballero Lili, representante del diablo, traman modos de convencer al Herrero para que libere a la Muerte.

El tono popular se encuentra, principalmente, en la estructura de la obra. No es propiamente una obra teatral, sino un relato o, mejor, una representación enmarcada en un relato, que es el elemento organizador de la historia. Peralta, el Herrero, al que también se llama Miseria, se desdobra en dos personajes: el relator de su propia historia y el protagonista de ella. Nos introduce al relato, interrumpe o congela la acción para dar explicaciones, conduce en todo momento el desarrollo de la historia, pero más como relator que como protagonista. En esto es consecuente con nuestra tradición folclórica; nuestras leyendas se expresan a través de relatos. El pueblo griego las concretó en tragedias, en obras teatrales de gran elaboración, pero nuestra tradición prefiere el relato.

Claudio Pueller fue el director acordado para esta obra. En sus estudios de estética y en la dirección de "La increíble historia de Pedro Urdemales" mostró su preocupación por un teatro popular de raíz folclórica. Junto a una plasticidad y a una música que buscan las constantes de la expresión popular, a la que incor-



pora muchos elementos de la Comedia del Arte, puso el énfasis en el elemento narrativo, en el carácter de cuento popular que tanto "La increíble historia de Pedro Urdemales" como "El Herrero y la Muerte" tienen como elemento unificador.

La unidad de estilo que se advierte en ambas obras se debe al trabajo en equipo de Claudio Pueller con Patricio Solovera y Guillermo Ganga. Patricio Solovera compone la música que apoya las secuencias y establece las transiciones necesarias. Es una música que se funde con la historia y a ratos parece no escucharse; es una parte del lenguaje escénico y su aporte es de central importancia, aunque se presenta con modestia. Compone su música con diferentes ritmos e intenciones, pero sus instrumentos y sus bases rítmicas pertenecen a la música andina, lo que aporta el clima y las emociones de nuestra Hispanoamérica. Guillermo Ganga crea escenografías muy sencillas, sólo separaciones de espacios que permitan la ubicación en diferentes ambientes con la ayuda de la imaginación. Sigue la antigua tradición del teatro popular que empleaba una simple sábana o telón de fondo, pero dentro de una despojada sencillez, las formas, los colores, la iluminación que elige están seleccionados por su calidad plástica y su potencialidad expresiva.

Lo más destacado de la actuación es la coherencia dentro del estilo elegido. Eluden las convenciones del teatro realista, agregan rasgos que siguen la línea del grotesco, deforman para dar humor y simpatía, no para llegar a la caricatura o a la sátira. Lo popular no es en ellos populismo ni la ingenua ignorancia que el paternalismo atribuye equivocadamente al campesino o al poblador. Sugieren un entronque popular por un camino distinto, no copia de algo que se da en la realidad, sino creado para producirlo. Y es particularmente destacable la homogeneidad que le logra porque la trayectoria anterior de la mayoría de ellos se daba en otra línea y porque en la deformación irrealista que dan a sus personajes, sus propias formas se diluyen y se hacen irreconocibles, lo que conlleva una humildad personal digna de elogio.

No obstante, dentro de esa homogeneidad acertada, es destacable el trabajo de Mateo Montillos como el Herrero Peralta o Miseria, de Alberto Vega, que no se tuerce en jugar con el personaje de Nuestro Señor y le da una tanquilla sencillez que implica respeto, y de Tichi Lobos por la gracia que da a su Caballero Lili y, supongo, a la Maruchenga.

Mérito importante corresponde al director del Teatro Nacional Chileno, José Pineda por orientar la búsqueda hacia un teatro hispanoamericano, por confiar en una obra de raigambre popular y por entregar la conducción del espectáculo no sólo a un director joven como es Claudio Pueller, sino a un equipo que trabaja en forma coordinada.

Agustín Letelier.